

El Gran Engaño Educativo

Por Arturo Ocaña

A finales del siglo XX, William Glasser, al investigar los datos de jóvenes recluidos en los reformatorios de los Estados Unidos, hizo un descubrimiento interesante: el 76% de los detenidos, tenía un antecedente común: el fracaso escolar. Desconcertado por ello, decidió investigar lo que ocurría en con los adultos. Para su sorpresa encontró que el 69% de los adultos detenidos en las prisiones tenían antecedentes de fracaso escolar.

Seguramente, pensó, quienes van a prisión tienen, en alto porcentaje, un cociente intelectual inferior al resto de la población, pues sólo así se explica que casi todos tengan un historial de fracaso escolar. Investigó el cociente intelectual promedio de los detenidos. Resultaron tan inteligentes como el resto de las personas no delincuentes. No estaba la respuesta en esa dirección.



Si los jóvenes y adultos en prisiones son tan inteligentes como el resto de la población, razonó, entonces el problema es la pobreza, que les impidió desarrollarse adecuadamente en el ámbito académico. Procedió a investigarlo y encontró que el nivel socio económico de los jóvenes y adultos detenidos bajo ningún modelo estadístico correlaciona con el fracaso escolar. Si bien hay grupos étnicos que tienen mayor presencia en reformatorios y penitenciarías, afroamericanos e hispanos, por ejemplo, existen en esos lugares representantes de otros niveles socioeconómicos y étnicos. Y la correlación no resultó estadísticamente significativa.

Este investigador procedía del área de la psicología clínica y por lo tanto no tenía ideas preconcebidas en el marco de la psicología educativa y las ciencias de la educación. Pero le sorprendió que en su práctica clínica y en el área de las conductas delictivas, existiese con alta frecuencia el fracaso escolar. Esto, según explica en su libro¹, lo llevó a pensar que hay una relación estrecha entre el fracaso escolar y el fracaso en la vida.

Esto requería una observación minuciosa de las causas que llevan al fracaso escolar y el significado que tiene para el resto de la vida. El sentido común indica que algo anda mal en los niños y jóvenes que obtienen bajas calificaciones y que terminan por abandonar la escuela para ir por la vida desorientados y con una pésima opinión de sí mismos por su fracaso escolar.

Glasser lo investigó y encontró, con sorpresa, que “lo que está mal” es la escuela y no los jóvenes. Y más aún, que marca de por vida a ciertas personas con base en un

¹ Glasser William, “Escuelas sin Fracazos”, Editorial Cesarman, México, 1995 (Reimpresión)

principio tan falso como absurdo: las calificaciones escolares. También encontró que este engaño ha generado toda una gama de conductas nocivas de diversos tipos que sirven de marco a la corrupción. Es algo que está a la vista de todos nosotros, pero tenemos a las calificaciones como entidades sagradas, intocables, y como unidades de medida no sólo de conocimientos, sino de su calidad humana.

Pero nos engañamos. Las calificaciones escolares, desde jardín de niños hasta el doctorado, no miden el conocimiento, tampoco la habilidad intelectual y, mucho menos, la calidad de las personas. Son un mito socialmente cómodo que han generado niveles significativos de corrupción en muchos ámbitos.

En sí mismas, las calificaciones no son las verdaderas culpables pues, como descubrió Glasser, son producto de un sistema educativo que, en aras de satisfacer las ambiciones de políticos, ha renunciado a su labor esencial: educar. Y la ha sustituido por una tarea más sencilla y que mejor satisface el criterio político de eficiencia terminal, que implica que el número de egresados sea cada vez mayor respecto al número de matriculados, sin importar la calidad del producto: el graduado.

Los sistemas y modelos educativos de finales del siglo XX y lo que va del siglo XXI, tienen una larga historia de renovaciones, todas ellas productos del modelo educativo de moda. Tras el modelo centrado en el profesor, llegó la teoría conductista de Skinner y todo se modificó para que se tratara con conductas observables y hechos objetivos al ciento por ciento. Surgieron los “objetivos educacionales”, que iniciaban precisaban la conducta que comprobaba el aprendizaje y la evaluación mediante pruebas objetivas: de



opción múltiple, completamiento, relación, etc. Jamás debían usarse preguntas abiertas. Eran la máxima herejía.

Luego salieron a la luz y se pusieron de moda los estudios de Piaget y sus descubrimientos respecto a las etapas del desarrollo de nuestra estructura cognitiva. Y cuando Skinner publicó su visión conductista de la conducta verbal, Noam Chomsky alzó la voz contra el conductismo y aunque nunca rebatió formalmente esa teoría, fue tan popular su postura, que el conductismo paso a ser, una herejía.

Surgieron otros teóricos de la educación, desde los que tomaban como modelo a las computadoras, hasta quienes, como Ausubel, Novak, Brunner y otros configuraron lo que hoy se conoce como “aprendizaje significativo” y “constructivismo”, que significan muchas cosas totalmente distintas. Desde un argumento de ventas para las

escuelas particulares, hasta una “cosmovisión” de la educación, en la que se incluye al Mozart de la psicología, el ruso Vigotsky, rival teórico de Piaget y proscrito por el estalinismo.

Pero las aportaciones de todos ellos, descubrió Glasser, no han cambiado la estructura central de los sistemas educativos del mundo occidental. Glasser investigó en los Estados Unidos, pero sus conclusiones pueden aplicarse con propiedad a la mayor parte

de América Latina y Europa y a casi todas – pero no a todas – las universidades e institutos de enseñanza superior de esa región del mundo.,

¿Cuál es la falla esencial de estos sistemas educativos? Glasser responde de inmediato: se privilegia el memorismo sobre el razonamiento, la conformidad sobre la creatividad, obtener buenas calificaciones contra obtener conocimientos, privilegiar los fracasos y reprimir los éxitos.

¿Será verdad? Glasser llegó a la conclusión de que la operación de nuestros sistemas educativos puede resumirse como sigue “**Memoriza cuanto puedas, recuérdalo y repítelo en los exámenes**”. Descubrió que lo que se busca en la escuela es que los estudiantes acopien la mayor cantidad posible de datos de todas clases, desde fechas hasta fórmulas, pasando por definiciones y corolarios. Amplia su acción a la aplicación mecánica de algunos principios y formulas previamente memorizados.

Pero promover el razonamiento y pensamiento para la solución de problemas es algo extraño en el sistema educativo. En las llamadas ciencias duras, como matemáticas, física, química, y sus derivadas, el estudiante requiere de un formulario y aplica mecánicamente la adecuada. El problema no es razonar acerca de lo que se plantea, sino usar la fórmula adecuada. La capacidad de la mente humana, dice Glasser, tiene una función secundaria en la educación. Quizá sólo se llega a usar en los postgrados.

Según Glasser:

En la escuela, el más extensamente usado es el ejercicio del pensamiento requerido para resolver problemas para los que hay respuestas precisas. Aunque el pensamiento de esta índole es bastante bien enseñado, en lo que se refiere a matemáticas, ciencias y literatura, con demasiada frecuencia se da mayor importancia a la respuesta misma o a su forma, que a los pasos lógicos para obtenerla, menoscabando así el proceso de pensar.

Señala que los sistemas educativos de todos los matices relegan o, en muchos casos, se olvidan de enseñar al estudiante a razonar. Esto se debe, dice, a que en la escuela sólo se estudian temas para los que ya se conocen soluciones o acerca de los cuales hay principios o conceptos aceptados. Tratar asuntos para lo que no existen respuestas únicas o socialmente aprobadas, es tabú.



El aborto, el tráfico de drogas, la violencia en las calles, la guerra de Irak, la de Afganistán, la destrucción del planeta con base en la codicia, la tala de las selvas, la hambruna y la pobreza, son temas que no se tocan en la escuela. No hay para estos problemas una respuesta única, por lo tanto, se ignoran. Es verdad que algunos profesores enfrentan estos problemas, pero son la excepción, cuando debían ser la regla.

Glasser descubrió que hay dos principios educativos nefastos porque impiden el razonamiento y reprimen la creatividad y la originalidad. Se trata del *Principio de Certidumbre* y del *Principio de Medición*. Dice:

“Las materias que requieren capacidad creativa son usualmente menospreciadas y se les considera “poco prácticas”; sin embargo, pueden conducir y con frecuencia conducen más directamente a la

*motivación, dedicación y pertinencia. La Educación no da importancia al ejercicio del pensamiento y está orientada hacia el memorismo porque casi todas las escuelas y universidades están dominadas por el **PRINCIPIO DE CERTIDUMBRE** que dice: 'Para cada pregunta hay una respuesta correcta y una equivocada; siendo entonces la función de la educación, cerciorarse de que cada uno de los estudiantes sepa las respuestas correctas a una serie de preguntas que los educadores han decidido que son importantes'.*

"Los estudiantes suelen llegar con la creencia de que muchos problemas tienen más de una respuesta posible pero son rápidamente reprimidos, o reciben poca atención porque son incómodos para el maestro. Este permite discusiones siempre y cuando al final se llegue a la respuesta que, dicen los que hicieron el programa, es la correcta. Si para un tema no hay una respuesta definitivamente correcta, entonces el tema no se incluye, es un tema "tabú".

"El Principio de Certidumbre no sólo domina el plan de estudios, sino también a las reglas que se relacionan con el comportamiento de los educandos... Estos comprenden que no toman parte en las decisiones acerca de su comportamiento o de su participación en la escuela. Instruidos formalmente desde el jardín de niños, acerca del valor de nuestra forma de vida democrática, aprenden por experiencia que la condición principal de una sociedad democrática (que las personas que intervienen en alguna empresa ayuden a determinar sus reglas), no se aplica a ellos.

Glasser postula que la auténtica educación debería ser precisamente lo contrario a lo que es actualmente. Los estudiantes, deben aprender que tienen la responsabilidad de encontrar las mejores alternativas a una serie de problemas, que ellos mismos contribuyen a crear. El proceso de plantear el problema, de encontrar alternativas razonables y de poner en ejecución la alternativa que parezca ser la mejor, es educación. En contraste con el actual proceso de obedecer (o quebrantar) ciegamente las reglas y de repetir irreflexivamente las respuestas correctas (o equivocadas) a preguntas hechas por otras personas. Ya antes los humanistas lo han mencionado: La certidumbre y la memoria son enemigas del pensamiento, las destructoras de la facultad creativa y de la originalidad.

Respecto al Principio de Medición dice:

*"Pero, además de estar dominada por el Principio de Certidumbre, la educación también es esclava de otro principio nocivo, el **PRINCIPIO DE MEDICIÓN** el cual dice que: "Nada vale realmente la pena de estudiar a menos que se le pueda medir y asignar un valor numérico" Medir para comparar, para tener la sensación (y sólo la sensación) de certidumbre, parece ser la causa principal de la muerte de la motivación por el estudio, el interés por conocer y la madre del aburrimiento.*

"El principio de certidumbre, con su total incapacidad para dar una satisfacción emocional proporcionada a los esfuerzos, es una causa importante del fracaso en la educación. Los maestros que operan con los dos principios nocivos de la educación, la Certidumbre y la Medición, se asombran y se frustran porque sus estudiantes pasan la mayor parte del tiempo con su cuerpo físico en clases, pero su mente pasa lejos, muy lejos, la mayor parte del tiempo. Así lo demuestran todos los dibujos, poesías, artesanías, de poca, nula o alta calidad que en increíble abundancia hacen los estudiantes durante las clases. Esos

profesores no entienden que su clase es una tortura que un cerebro normal no puede soportar.

“Añádase a esto el que la simple retención del conocimiento, cierto y con muchas medidas, sin usarlo para resolver problemas que atañen a uno mismo y a la sociedad, impide la extensa correlación con otra personas y el mundo y tenemos todas las variables necesarias para una educación mediocre. El estudiante se esfuerza, pasa exámenes, memoriza cantidades astronómicas de datos y se gradúa. Sale a la calle y descubre que lo que realmente aprendió: Nada.

Los dos principios nocivos de la educación son una carga negativa en los modelos educativos actuales, pero quizá la carga negativa que más repercusión social tiene, sean las calificaciones. Dice Glasser:

Probablemente la práctica escolar que más fracasos produce es la de calificar. Si hay una parte de la educación que sea sagrada y venerada como útil y necesaria, es la escala de calificaciones. Por ser tradicionales, quienquiera que levante la voz en contra se encuentra en el centro de un huracán. Sin embargo, los defectos de las calificaciones son tan obvios, que muchas personas prominentes han hablado en su contra.

Subraya que las calificaciones fueron concebidas originalmente como una medida objetiva del progreso. El alumno que llevaba a su casa una calificación de “10” o “MB” en lectura, podía estar seguro, al igual que sus padres, de que era un buen lector, al menos según lo había medido su maestro. El que llevaba a su casa un 6, podía estar seguro, así como sus padres, de que leía muy mal. Un 5 equivalía a no saber leer en absoluto. Entre el 5 y el 10, quedan, por supuesto, el 6, 7, 8 y 9; calificaciones con las que el profesor trata de graduar la relativa habilidad de un niño para leer, en comparación con uno que lee perfectamente y otro que no sabe leer.

A la mayoría de los maestros se les dificulta hacer esto con exactitud. Los alumnos son desalentados a menudo por una calificación que consideran ser una apreciación injusta de su aprovechamiento. Las calificaciones tienen por objeto estimular al estudiante a trabajar más de firme y a aprender más, así como estimular a los padres a que vean que su hijo lo haga. El niño con calificación de 10 se esfuerza por conservarla, porque cualquier otra inferior significaría que está declinando. El niño con un 6 se esfuerza por aprender lo bastante para no ser un fracasado.

Si las calificaciones estimularan verdaderamente a los estudiantes, -dice Glasser- en ambos extremos de la escala, habría muy poco que criticarles, pero no lo hacen ahora, ni lo harán en un futuro previsible. Las calificaciones son actualmente la esencia y el fin de la educación. Las únicas aceptables son las buenas y ellas separan a los que triunfan de los que fracasan. Son tan importantes que han llegado a convertirse en sustituto de la educación misma.

En una encuesta realizada a escuelas primarias públicas y privadas se preguntó a los niños qué es lo más importante en la escuela. La respuesta fue “Las calificaciones”. En segundo lugar, responden que “entrar a la Universidad”. Pero

hay que presionarlo mucho más para que diga que va a la escuela para aprender, y eso lo dice solamente porque sabe que es la respuesta correcta. Comenta Glasser:

Las calificaciones han llegado a ser equivalentes morales. La buena es correlativa del buen comportamiento. En consecuencia, se han convertido en un sustituto del aprendizaje, en el simbólico sustituto del conocimiento. El expediente de un individuo es más importante que su educación. Las universidades que admiten estudiantes basándose principalmente en las altas calificaciones, son las principales culpables en el impremeditado complot para destruir a los estudiantes.



Las calificaciones más altas valen más, en lo que respecta los honores que confieren y a la facilidad que dan para ingresar a las mejores escuelas en todos los niveles. Pero debido a que la mayoría de ellas son principalmente medidas de la habilidad para recordar hechos determinados y no para pensar, frecuentemente son incapaces de indicar quiénes son los que pueden hacer más en el mundo.

En el invierno de 1966 apareció en *Los Ángeles Sendai Times*, un artículo “*La obsesión con las buenas calificaciones puede ser una dañina enfermedad en el aula*”, en el cual se informa que un grupo de profesores de la Universidad de Uta hizo una encuesta entre doctores y obtuvo el siguiente resultado del cual informó a la Asociación Norteamericana de Colegio Médicos:

“Casi no hay relación entre las calificaciones obtenidas en la escuela de medicina y la competencia y el éxito en la práctica médica” El Jefe del grupo investigador considero a esto como ‘... un descubrimiento desconcertante para un educador médico que, como yo, dijo, ha pasado su vida profesional escogiendo solicitantes de admisión a la escuela de medicina’. Añadió que le hizo poner en duda el sistema de calificar, no sólo para seleccionar a aquellos que deberían ser admitidos, sino también para medir el progreso de un estudiante”

Otro grupo investigador efectuó una encuesta similar. Tomó a 342 graduados de diversos campos, que habían ganado becas entre 1944 y 1950 para la Universidad de Columbia. Se propusieron indagar cuánto éxito había tenido esos becados, como profesionistas 25 años después. El resultado fue el siguiente: Quienes habían salido graduados de las universidades con menciones honoríficas, ganado medallas académicas y sido electos para pertenecer a la fraternidad Phi Beta Kappa, estaban, en su mayoría en los niveles más bajos de la práctica profesional.

Una vez más, las altas calificaciones no fueron buenos indicadores de una actuación superior, excepto en las universidades.

“Puede ser que en nuestro actual sistema, especialmente en la educación superior, un estudiante tenga dos caminos a escoger: concentrarse en las calificaciones y renunciar a pensar, o concentrarse en reflexionar y renunciar a las calificaciones.

Desgraciadamente, si renuncia por completo nunca podrá ingresar en las escuelas donde se enseñan materias importantes; pero si concentra todos sus esfuerzos para los promedios, puede graduarse sin comprender muy bien cómo puede utilizar los conocimientos que supuestamente ha adquirido.

Y surge la cuestión que originó toda esta investigación, la de los jóvenes en reformatorios y adultos en prisiones:

“Otra funesta propiedad de los promedios es que condenan para toda la vida. En un mundo que a veces juzga a las personas por sus antecedentes, más bien que ellas mismas, un estudiante con notas bajas tiene escasa posibilidad de pasar a la educación superior. Aunque predicamos que las personas deben mejorarse, no practicamos lo que decimos.

Aunque sabemos que la gente cambia, que las personas maduran a diferentes edades, que ciertos problemas personales pasajeros pueden causar un fracaso no imputable a incapacidad para aprender o pensar, la calificación subsiste y no puede ser borrada”.

Pero lo más grave, lo que afecta drásticamente a la educación, es que las calificaciones inducen a hacer trampas. Cuando se convierten en la moneda de la educación, quienes son codiciosos de riquezas hacen trampa. Los obtenidos por tal medio (y es del dominio común que son muchos los que así lo logran) son, por tanto, únicamente **medidas de la habilidad para engañar.**



Citemos ahora al investigador Bowers²:

“Cuando menos el 55 por ciento de los estudiantes universitarios de este país hacen trampa para obtener mejores calificaciones. Esta es una proporción que no se ha establecido a la ligera. Fue descubierta en 1965 y comprobada consecutivamente hasta 1996, en un trabajo hecho con la colaboración de 99 universidad por William Coger, de la Universidad de Columbia, con fondos de la Oficina de Educación a Estados Unidos de Norteamérica. Bower entrevistó a 6,000 estudiantes y a 600 rectores. Encontró que se hacía trampas en cada uno de los 99 lugares que visitó y que se hacían con una frecuencia tres veces mayor de lo que los rectores creían y del doble de la calculada por los propios estudiantes”

² Citado por Glasser, op.cit

Aun cuando tienen por objeto elevar los niveles académicos, hay buenas pruebas de que los promedios originan precisamente lo contrario. Cuando se convierten en el sustituto del aprendizaje, cuando llegan a ser más importantes que lo que se aprende, tienden a rebajar los niveles académicos. Mientras sigan siendo tan importantes como ahora, poco estudiarán las partes de un curso que no vayan a estar incluidas en el examen.

Empeora la situación la práctica pedagógica del uso del “*examen objetivo*”, herencia del conductismo. Estos exámenes, salvo en raros casos, se aprueban habiendo aprendido algunos hechos, y repitiéndolos, proceso que elimina la necesidad de pensar, con su énfasis en la respuesta. La pruebas objetivas, que por naturaliza se ocupan únicamente de lo conocido, anulan el esfuerzo de pensar porque todo lo que es anti educativo, y hasta antihumano, está asociado con el hábito de no correr jamás un riesgo, de no ampliar nunca la propias perspectiva y de jamás penetrar con la mirada en lo desconocido.

Se ha comprobado que los exámenes objetivos requieren del estudiante poco más que aprender de memoria la terminología de determinada materia, concentrando su interés en las palabras y no en las ideas que éstas expresan. La calificación resultado de estos exámenes indica la habilidad del estudiante para memorizar, no para razonar.



Pero el daño más grave de las calificaciones es que han conducido a la corrupción, toda vez que para el estudiante, casi desde el kínder, adquiere la idea de que lo importante **no es saber, sino pasar exámenes**. Y lo peor es que no sólo los estudiantes adoptan esta actitud perversa, sino que los padres lo fomentan. Se ha encontrado que muchos padres compran las calificaciones de sus hijos (muchas veces para poder presumir “en los lavaderos”). Naturalmente, si las compran, es porque el profesor o la escuela, las vende. He aquí el círculo vicioso de la corrupción.

En el bachillerato y en los estudios de licenciatura, el afán por obtener un título arrasa con todo. No importan en absoluto los conocimientos. Estudiar se concibe con un obstáculo verdaderamente molesto para llegar al título. Por ello, todo se vale para eludir el aprendizaje de la materia. Se le paga a un compañero para que resuelva el examen (y el compañero que sabe, se prostituye intelectualmente); se hacen obsequios de muchos niveles a los profesores, quienes aceptan, desde una revista de Play Boy, hasta las relaciones sexuales con una alumna, pasando por cantidades significativas de dinero.

La meta de la mayoría de los estudiantes es tener un certificado sin tener que involucrarse en el aprendizaje. Son la ignorancia certificada. Un título es comercializable. Los conocimientos carecen de importancia, sobre todo, en un ambiente corrupto.

Además, el profesor, otorgador de calificaciones, adquiere un poder dictatorial en sus clases. Es dueño del destino de sus estudiantes. Y en muchos casos, ejerce ese poder, negativamente por supuesto. Suman miles los verdaderos talentos que se frustraron, simplemente porque tuvieron un conflicto con algún profesor,

que sistemáticamente los reprobó. Todos ustedes conocen esto. Y alto porcentaje de ellos está en los reformatorios o cárceles o bien, si son mexicanos, en las filas de los cárteles de los narcotraficantes.

El sistema escolar se apandilla para destroz ar vidas de niños y jóvenes mediante un sistema de calificaciones irreal, injusto, sin validez y sin razón. El niño, el adolescente o el joven que es etiquetado como incapaz académicamente, en la mayoría de los casos pierde lo que se llama "autoestima", que es una variable compleja que tiene como consecuencia la desvalorización de sí mismo y con ello, una actitud de resentimiento hacia la vida y el mundo, lo cual frecuentemente, se traduce en actos antisociales.

El sistema educativo tiene alta culpabilidad. Su método de calificar, es represivo. Sólo le importa el fracaso y lo acentúa, lo difunde y promueve. El propio Glasser se pregunta por qué la escuela no adopta la actitud del entrenador deportivo: cuando el deportista logra tiempos mediocres, el entrenador no se lava las manos expulsándolo de la cancha; por el contrario, investiga por qué el aprendiz no logra mejores resultados. Y ensaya una y otra vez hasta lograr que mejore. Está enfocado al éxito, no al fracaso.

Imaginemos, un profesor ante un adolescente que da respuestas erróneas en el examen de matemáticas. Este docente imaginario se pregunta ¿Por qué este estudiante tiene estos errores? Analiza dónde se ubica el problema y auxilia al estudiante para que lo resuelva. Puede y debe hacerlo. Vuelve a hacer una prueba. Los resultados han mejorado, pero quedan lagunas. Una vez más busca el origen del problema. Y así se va logrando la perfección. Esa es la esencia de su trabajo, pero hoy es sólo una ilusión.

Este modelo "deportivo" ha sido ridiculizado en el sistema educativo. Pretextos dan muchos. Desde el poco tiempo del docente hasta la dificultad de dar educación masiva con éstos métodos. El gobierno exige cantidad, no calidad. Para la autoridad educativa la escuela que tiene mayor porcentaje de egresados es la mejor, no importa como egresaron, o si saben o no. La eficiencia terminal es lo que cuenta. Y al menos en México, tenemos a la vista los resultados.

Digamos por último que Glasser hizo proposiciones concretas para una educación sin calificaciones. De hecho, promovió un experimento en una escuela de medicina de Palo Alto, en California. Sin calificaciones mejoró la calidad educativa. El profesor del siguiente curso decidía si el estudiante que le habían enviado del curso anterior tenía los requisitos para tomar el suyo. Si no los reunía, se lo regresaba al profesor. Su producto era defectuoso.

Se sabe que los padres y la comunidad a duras penas pudieron soportar esta situación sin calificaciones. Y finalmente son votantes, así que las cosas no progresaron como debieran.

Tal vez, algún día el memorismo, sus calificaciones y sus certificados y títulos comercializables, huecos de conocimiento, dejarán de existir. Tengamos esperanzas.

